

la segunda Ilustración

El humanismo en el Renacimiento

Ningún debate sobre el Renacimiento comienza sin gran vacilación por parte de los estudiosos sobre lo que fue, cuándo sucedió o siquiera si en realidad existió. Las mentes más brillantes del periodo no tenían ninguna duda: el hombre que inauguró, si no el propio Renacimiento, al menos el humanismo que lo caracteriza, Francesco Petrarca, acuñó el término "Edad Media" para denotar el extenso periodo que separaba su propia época del mundo de la antigüedad clásica cuyo arte, arquitectura, pensamiento, punto de vista y valores estaban en proceso de redescubrirse cada vez más. Incluso se les apreciaba y adoptaba con mayor frecuencia —o, para expresarlo con mayor exactitud, se les adaptaba. Como lo implica el haber acuñado la expresión "Edad Media" (*aequem aeve*), Petrarca pasó a ocupar y a ocuparse de un nuevo mundo y una nueva época, y tenía razón, pues a través del esfuerzo en muchos campos, el Renacimiento fue en realidad no sólo un renacer, sino un nuevo nacimiento. Trajo consigo un concepto del bien para el hombre que era, en comparación con el punto de vista medieval, radical en su invocación de valores que surgían totalmente del humanismo secular de la primera gran ilustración en la antigüedad clásica, a pesar de que se expresó en términos acordes con la hegemonía religiosa de su tiempo.

El Renacimiento como una época histórica característica se describe como el periodo que se extiende durante dos siglos antes, y un siglo y medio después del año 1500. Comenzó con un florecimiento brillante y sostenido en Italia, y se extendió hacia el norte por Europa, y esta difusión hacia el norte tuvo lugar sobre todo a partir de 1490. Una razón para seleccionar esta fecha más precisa como fundamental es que Francia, la superpotencia de aquel entonces, invadió Italia en 1492, y fue conquistada por su cultura. (Éste fue también un año decisivo en otros aspectos: se expulsaron de España a los últimos moros, y poco después, también a los judíos. Lorenzo de Medici falleció, lo que puso fin a un periodo espectacular en la historia de Florencia. Y, con efectos mucho más a largo plazo, Colón llegó a las Indias Occidentales.) Por supuesto, el arte y la erudición de la Italia del Renacimiento

hacía tiempo que se estaban filtrando al resto de Europa. Pero después del Renacimiento, las ideas y los ideales se extendieron hasta las regiones de Europa que todavía luchaban por salir de su pasado gótico, y las fertilizaron. La propagación tuvo mayor rapidez en los treinta años anteriores a 1520; en aquel año decisivo, en que Lutero clavó sus tesis a la puerta de la iglesia en Wittenberg y con ese gesto inauguró la Reforma, comenzaron a fluir además otras corrientes más difíciles.

Como lo que la mayoría de las personas asocian con el Renacimiento es su arte, el emblema de sus orígenes bien podría ser la obra de Giotto, con su sorprendente nuevo realismo tridimensional que reemplaza el formulismo bidimensional del arte bizantino. Giotto nació en 1267 y falleció en 1337, y por consiguiente, fue contemporáneo de Petrarca y Dante —de hecho, fue amigo de este último, quien según una leyenda le sirvió como asistente en un encargo de pintura en Nápoles. El estilo naturalista de Giotto no fue sólo una cuestión de mejorar la técnica. Se inspiraba en un interés por cómo son las cosas en el mundo real, como un tema no sólo coadyuvante y secundario para el reino trascendente que la imaginación gótica volvía central en todas sus obras, expresado por sus altísimas catedrales y arte y erudición casi exclusivamente religiosas. En las pinturas de Giotto hay personas reales que ocupan el espacio de un modo concreto, verdaderos individuos con sentimientos humanos que se reflejan en los rostros, en contraste con el patrón reiterativo de las figuras bizantinas carentes de expresión. En esto está implícito un interés por todas las cosas humanas como un tema de gran importancia por derecho propio, y no sólo como representación de una fase temporal y trágica en la historia de almas encarnadas cuyo verdadero hogar radica en otra parte.

Por consiguiente, la perspectiva de Giotto es humanista, en el sentido general de este término, inspirada por el conjunto de intereses intelectuales involucrados en el redescubrimiento y la apreciación de la literatura de la antigüedad clásica. Estos intereses llegaron a organizarse con rapidez en un nuevo currículo de estudios muy diferente de los estudios tradicionales que se realizaban en universidades, que conservaron sus currículos medievales durante varios siglos más. Los nuevos intereses se llamaron colectivamente "humanidades", *studia humanitatis*, y un partidario de ellos se denominaba "humanista". El modelo para Petrarca, como el primer humanista consciente de sí mismo del Renacimiento, y para los muchos que siguieron su ejemplo, era la educación intelectual liberal descrita por Cicerón, Aulo Gelio y sobre todo Quin-

tiliano, cuando sus obras fueron redescubiertas poco después. En el curso del siglo que siguió a la muerte de Petrarca (falleció a la edad de setenta años en 1374), las humanidades llegaron a ser una materia regular de educación que comprendía gramática, retórica, poesía, historia y filosofía moral. Lo sorprendente de esta relación es que no incluye teología, derecho o medicina, que eran las tres grandes asignaturas de las universidades, para las que la preparación era el *quadrivium* de aritmética, geometría, astronomía y música, complementadas por lógica. Durante todo el Renacimiento, aunque el currículo tradicional continuó siendo el elemento principal de la instrucción que ofrecían, las universidades sufrieron una grave decadencia y marginalización. Los maestros* en muchas de ellas dejaron de enseñar y vivían en el ocio de sus talentos, mientras que sus discípulos, protegidos por sus privilegios clericales, se dedicaban a la disipación y a los excesos. Las autoridades seculares consideraban a las universidades lugares difíciles de controlar y casi imposibles de reformar debido a los privilegios de sus cartas constitucionales y la protección que recibían de la iglesia. Donde sobrevivieron los estudios serios, éstos continuaron y elaboraron la tradición del pensamiento escolástico, en el que la filosofía y la teología llegaron a ser muy complejas, cargadas de una jerga accesible sólo a los eruditos y con frecuencia enmarañadas en feroces disputas técnicas sobre nimiedades de doctrina y dogma impenetrables para el hombre ordinario, y casi de un modo invariable, irrelevantes para él.

Los humanistas, en su mayor parte, permanecieron fuera de este mundo introvertido y miasmático, y ocurrió de manera deliberada. La mayoría de los grandes humanistas del Renacimiento no eran académicos, y si algunos eran clérigos por lo general lo eran sólo en el sentido teórico de que cualquier hombre educado podría serlo en las órdenes menores. La situación es muy similar a la separación entre los mundos académico e intelectual de hoy. No todos los académicos universitarios, y quizá sean sorprendentemente pocos en el mundo contemporáneo de habla inglesa, son intelectuales en el sentido de tener amplios intereses racionales y profundos compromisos en términos morales o políticos, a menudo junto con una vocación para mostrarlos en debates sobre cuestiones de interés público. Un académico universitario hoy es un especialista en un campo limitado, bajo presión para publicar artículos técnicos en revistas que son de interés sólo para otros especialistas, casi invariablemente en una jerga que explica lo último. Por consiguiente, la comunidad académica moderna, que no tiene que ver con la ciencia, repite de un modo

* *Masters of Arts*, o sea, quienes contaban con el grado de maestría y sus estudios no eran científicos. (N. del T.)

muy parecido la posición de las universidades del Renacimiento. Los intelectuales contemporáneos se desenvuelven en el periodismo, los medios de información, las editoriales, las organizaciones no gubernamentales, son escritores o artistas, comentaristas o empresarios independientes que realizan actividades comerciales relacionadas con los medios de información y las artes. Mientras muchos de estos intelectuales contribuyen de manera considerable a la conformación de la vida cultural, sus contemporáneos académicos pasan su tiempo multiplicando notas al pie de página de artículos imposibles de leer, indescifrables y que pronto caen en el olvido, para añadirse a la gran cantidad que se publica en recónditas revistas. Si existe una justificación para esto es que las flores necesitan abono para crecer, y de hecho, en ocasiones hay avances reales como resultado. Pero gran parte de esto —es probable que la mayoría— tiene poco valor, ya sea coadyuvante o intrínseco.

El humanismo del Renacimiento llegó no por las universidades sino a través de las escuelas secundarias. Fue sólo más tarde en el Renacimiento que las universidades comenzaron a adoptar partes del currículo humanista. Entretanto, algunas de las escuelas secundarias llegaron a ser famosas por la calidad de su enseñanza en las lenguas y literaturas clásicas (sobre todo, latín), y de toda Europa se enviaban niños a ellas. Una de éstas fue la que dirigía Vittorino da Feltre en Mantua, otra fue la escuela de Guarino en Ferrara. La creencia motivadora de estos maestros era que un adiestramiento clásico disciplina la mente y la provee de excelentes materiales para desarrollar una perspectiva educada que se distingue por el gusto, la percepción y una sensibilidad cultivada. Los pretendidos beneficiarios de tal educación eran futuros líderes, funcionarios y profesionales —no clérigos, para quienes se requería un adiestramiento muy diferente: uno que conduciría a una capacidad para extraer sutiles distinciones en teología.

Textos y tratamientos

En orden de importancia, el primer fruto del humanismo fue el redescubrimiento y la edición correcta de textos antiguos. Petrarca y sus contemporáneos cercanos al comienzo de la aventura humanista eran entusiastas recopiladores de manuscritos, y viajaban mucho para buscarlos en monasterios y castillos. Encontraron no sólo versiones más antiguas y mejores de manuscritos conocidos, sino algunos que se consideraban perdidos o de autores olvidados. Muchos de los manuscritos eran copias hechas en tiempos

carolingios, unos cuatro o cinco siglos antes, y por consiguiente, no estaban perdidos literalmente, pero muchos de éstos sí habían estado lejos de la vista de los pensadores. Las diferentes copias eran distintas en exactitud e integridad, y la recopilación, comparación y edición de versiones mejoradas fue un importante avance. Pero también hubo genuinos redescubrimientos, entre ellos muchas de las obras de Cicerón, y —lo más notable de todo— las obras de Tácito y Lucrecio. Éstos fueron hallazgos importantes. Más tarde, y sobre todo como resultado de la caída de Constantinopla en 1453, se complementó mucho la pequeña cantidad de manuscritos griegos en colecciones europeas, casi toda la literatura griega antigua que conocemos ahora se recuperó durante esta época. Entre las obras que entonces se tradujeron (primero al latín, para hacer que fueran más accesibles al mundo del Renaci-



miento) se hallaban muchas obras de Platón —quien hasta entonces se conocía casi de modo exclusivo a través de su diálogo *Timeo*—, todo lo de Plotino, Epicteto, Marco Aurelio, Luciano y Plutarco, y casi todo lo de los comentaristas griegos sobre Aristóteles. Esto fue un extraordinario botín, el descubrimiento de un tesoro. Se puede comprender con facilidad el impacto que tuvo sobre la sensibilidad ansiosa y alerta del Renacimiento, sedienta por bebérselo todo.

No fue sólo la cuidadosa edición, sino también la anotación de obras antiguas, y la redacción de comentarios que se hicieron sobre ellas, lo que alentó el desarrollo del humanismo. A medida que se extendió la fama de las obras, aumentó la demanda de versiones en lenguas vernáculas, de modo que comerciantes, mujeres, incluso trabajadores —todas las personas que en esa época recibían sólo una educación rudimentaria— pudieran leerlas. Se publicaron en versiones en italiano, francés, inglés y español, cada vez más a partir del siglo XVI. La lengua franca de las personas educadas continuó siendo el latín, y una de las ambiciones de los humanistas era restaurar ese idioma para que volviera a alcanzar su pureza clásica después de los barbarismos que se habían introducido en tiempos medievales. Una furia por escribir latín puro recorrió el mundo del Renacimiento, incluyendo la iglesia, hasta el punto que las afectaciones del vocabulario clásico y los modales ciceronianos de estilo llegaron a los escritos teológicos. Algunos eclesiásticos llegaron a llamar “Júpiter” al dios cristiano.

La dignidad del hombre

Pero el fruto principal de la atención que se dio al arte, la literatura y la filosofía de la antigüedad clásica fue el impulso renacentista por el hombre mismo. Una expresión inmediata de esto fue el aluvión de ensayos, que comenzó con Petrarca y continuó durante todo el Renacimiento, sobre la dignidad del hombre. El objeto de ellos era hacer frente al criterio medieval uniforme (el punto de vista religioso) de que la vida del hombre es hallarse confinado en un valle de lágrimas, un breve y agonizante exilio en la carne antes de que un hombre sea capaz de escapar a la bienaventuranza —si las tentaciones del diablo y su propia debilidad no lo derrotan. En la perspectiva medieval, cada era del hombre se representaba llena de aflicción, desde la infancia hasta la decadencia de la vejez. Los tormentos de la carne, de las enfermedades y las lesiones, de la ansiedad y el terror, de la malevolencia de



Carte de visite de Francesco Petrarca, s.f.

los demonios, de la ceguera, la pobreza, el hambre y la opresión, todo se representaba con horrible deleite por la mente medieval, para atemorizar a las personas a fin de llevarlas a la iglesia y mantenerlas allí.

Todo ello era parte de una larga tradición de la literatura *contemptus mundi* cristiana. La respuesta humanista fue elogiar la razón del hombre y la belleza de su cuerpo. Su razón hace que sea semejante a un dios, capaz de controlar el mundo a su voluntad. A diferencia de los animales, que están atados a un tipo de alimento en un lugar específico, el hombre puede vivir en las colinas o en las llanuras y tomar como alimento las criaturas del mar o el cielo. No es tan fuerte como el buey, pero éste tira de su arado; no es tan peludo como el zorro, pero usa la piel de éste en invierno. Y aquí ni siquiera se trata de cómo el hombre habla, puede acumular conocimiento y ver en el pasado y el futuro.

Inspirados por los autores clásicos, los humanistas ensalzaban, asimismo, el cuerpo. Esto fue sin duda un nuevo punto de partida, a la luz de una extensa tradición cristiana en la que se había de temer el cuerpo por su propensión a rebelarse contra los intereses del alma, por lo que era necesario someterlo a mortificación para mantenerlo bajo control. Los ascetas se flagelaban, Orígenes llegó al extremo de convertirse él mismo en eunuco para el reino de los cielos (más tarde lo lamentó) —todo para someter a la carne.

Los humanistas no practicaron nada de eso. Cantaban a la belleza, la simetría y la proporción del cuerpo, y en una aplicación literal de la sentencia de Protágoras que el hombre es la medida de todas las cosas, algunos de ellos afirmaban que todo se debería diseñar para que se ajustara a las proporciones humanas —edificaciones, templos, embarcaciones—, como lo había sido (así lo había expresado Enrique Agripa) el Arca de Noé. Modelándose a sí mismos sobre la base de escritos de Lactancio y Cicerón (este último en su obra *De la naturaleza de los dioses*), los humanistas examinaban y aplaudían cada una de las partes del hombre, desde sus miembros hasta sus luces, y sobre todo su postura, pues el hombre era el único ser de la creación que se erguía verticalmente y observaba las estrellas, lo que se tomaba como prueba de su naturaleza superior y excelencia general.

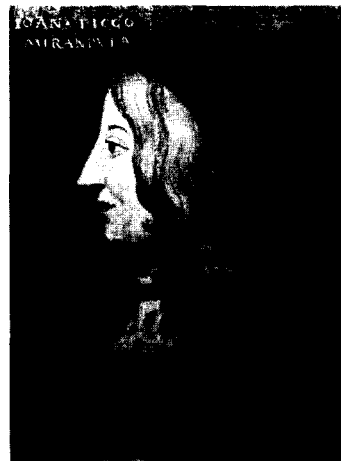
Los humanistas del Renacimiento pensaban y escribían por reflejo en términos religiosos, y entre sus fundamentos para regocijarse en el hombre estaba el "hecho" de que un dios había tomado forma humana para completar sus intenciones para la creación. Además, había forjado al hombre según su propia imagen, y había llegado al extremo de hacer del hombre un pequeño dios por de-

recho propio, pues, como se expresa en el Génesis, al hombre se le había dado dominio sobre la tierra y todas las cosas que habitan en ella. Más que esto: a través de su combinación de cuerpo y alma era evidente que el hombre era el eje de la creación, pues acoplaba el mundo mortal de tiempo y materia con el mundo eterno de espíritu y verdad. Este era un punto de vista neoplatonista que databa de mil años antes, pero los humanistas lo revivieron con entusiasmo, y el principal entre ellos fue Marsilio Ficino (1433-1499). Además de ver al hombre como el nudo que ataba las mitades terrenal y divina de todo el universo, Ficino consideraba que el hombre representaba en sí mismo toda la creación —lo cual era el por qué, afirmaba, dios había encarnado como hombre, porque al hacerlo así podía unirse con todos los aspectos de su creación.

La idea que obra en esto es la del hombre como microcosmos —como el universo en miniatura. Un concepto ya presente en la obra *Timeo* de Platón y que se empleó mucho desde entonces, pero que ahora adquiría una mayor significación. Un argumento que se daba para conceptuar al hombre como microcosmos era que éste se compone de los mismos elementos que el macrocosmos, o sea, tierra, aire, fuego y agua. Paracelso expresó que el hombre vinculaba la tierra y el cielo por razón que a éstos añadía un quinto elemento —pero esta vez, divino—, la “quintaesencia”.

En una famosa extensión de la idea del hombre como microcosmos, Pico della Mirandola, en su *Oratio de hominis dignitate* (1486) expresó que como el hombre contiene todas las cosas dentro de sí mismo, tiene el potencial para convertirse en todo lo que desee. Esto eliminó la humanidad de la posición media en la gran cadena del ser, que según se concebía se extendía a cada lado del hombre desde la forma más baja de existencia hasta el propio dios, y en cambio hizo que el hombre fuese un agente libre, autocreador. Pico aducía como evidencia la licencia que concedió dios a Adán para hacer y ser lo que quisiera. El punto de vista de Pico influyó de inmediato, y también perseveró, una de sus consecuencias a más largo plazo ha sido la idea de la autonomía y soledad existencial del individuo, una noción que ha desempeñado un poderoso papel desde el romanticismo hasta nuestros días.

Aunque el humanismo de un modo natural y de buena gana aspiraba a llegar a las ideas religiosas que



Retratos de Pico della Mirandola y Marsilio Ficino



Grabado de una escena del Decamerón, publicada en 1755

conformaban el medio mental de su existencia, su foco de atención sobre las cosas que interesaban al hombre en esta vida, sobre todo el cuerpo y los sentidos, significaba que su actitud hacia la sexualidad era muy diferente de las actitudes medievales. El *Decamerón* de Boccaccio (1350), en concreto los cuentos de adulterio en su Séptimo Día, y dos siglos más tarde los obscenos cuentos de *Ragionamenti* (1534) de Pietro Aretino, fueron obras que hubieran sido impensables para la mente medieval. Los poemas con frecuencia pornográficos de Catulo (84-54 a.C.) habían sobrevivido a la Edad Media en una forma textualmente degenerada, y se tradujeron al italiano en el siglo XIV. Un siglo después, en 1472, se publicaron en una *editio princeps* cuidadosamente investigada, un hecho que por sí mismo revela mucho sobre la nueva atmósfera liberal del Renacimiento, y la gran distancia que lo separaba de la cerrada moralidad de la visión gótica del mundo.

El interés humanista por el hombre y sus circunstancias explica de modo general el examen y la celebración del mundo humano en arte, poesía, arquitectura, prosa y música que es distintivo del Renacimiento. Abundaban retratos, paisajes urbanos, paisajes campestres, naturalezas muertas, temas mitológicos, muchas pinturas más o menos explícitamente eróticas junto a los temas religiosos que se producían en cantidades industriales debido al patrocinio de la iglesia y los devotos. Un ejemplo —se ofrecen muchos— de los nuevos géneros en el arte es *Abril*, de Francesco del Cossa, parte de una serie astrológica de los meses, pintada en 1470 en la forma de frescos en el retiro campestre de Schifanoia de Alberto de Este. Muestra a un grupo de hombres jóvenes de buen aspecto y bellas muchachas, varias de las cuales llevan instrumentos musicales, en un paisaje salpicado de conejos —símbolos de la ebullición fecundadora de la estación— y con lo que parece ser un “Juicio de Paris” que tiene lugar en el fondo. Una pareja arrodillada en el centro de la lona se abraza, la mano derecha de él se desliza debajo del escote de ella, su mano izquierda se halla entre los muslos de ella. Uno se imagina que desde Pompeya no se habían encargado muchos frescos así.

Cicerón en el Renacimiento

Una de las mayores influencias en la formación del humanismo renacentista fue la obra de Cicerón, tanto por su manera como por su contenido. El gran Erasmo expresó que cada vez que leía *De la vejez* de Cicerón, sentía deseos de besar el libro y no veía ninguna razón para que ese distinguido romano no se llamara "san Cicerón". Cicerón fue el amor más grande de Petrarca, tan admirado era su estilo que algunos hicieron el juramento de nunca usar una palabra o forma lingüística a menos que se encontrara en sus páginas.

El más notable entre éstos fue el famoso y en ocasiones escandaloso Pietro Bembo (1470-1547). Él y un asociado que era secretario de latín del papa León X, Jacopo Sadoletto, encabezaron el movimiento que se conoció como "ciceronianismo" que aspiraba a uniformar el latín según el modelo ciceroniano. Críticos posteriores vieron esto como un empeño por extender la autoridad de Roma sobre el idioma aceptable, pero es difícil imaginar que Bembo tuviera alguna vez la censura en mente, más aún antes de recibir su capelo de cardenal al final de su vida. Lo que le interesaba era la elegancia y la precisión del latín de Cicerón, y en el periodo que transcurrió entre el servicio de León X (quien falleció en 1520) y regresar a la vida activa en la iglesia en 1539, Bembo se retiró a Padua donde se mantuvo cómodamente junto a una magnífica biblioteca, la amistad y la admiración de todas las principales figuras literarias de Italia y su bella señora Morosina. Escribía en un latín e italiano exquisitos, y dedicó un diálogo sobre amor platónico a su amiga Lucrecia Borgia, modelado según *Las tusculanas* de Cicerón.

Lo que el Renacimiento valoraba en Cicerón era su creencia en el individuo humano. Opinaba que los individuos son autónomos, con libertad para pensar y decidir por sí mismos, que tienen derechos, y que los derechos conllevan responsabilidades correlativas, y que todos los hombres son hermanos —"Nada existe que sea tan semejante a otro como lo somos los unos a los otros", escribió en *De las leyes*, y añadió que "todo el fundamento de la comunidad humana" consiste en los vínculos entre una persona y otra, ya sea extraño o miembro de la propia familia de uno, y que esos vínculos son "benevolencia, generosidad, bondad y justicia". Su justificación para este criterio es que todos los hom-

Grabado de Pietro Bembo, realizado por Jean-Jacques Boissard, *Bibliotheca chalcographica*, 1652-1669





Busto de Cicerón. Londres, 1885

bres tienen una chispa divina de razón en ellos. La posesión de la razón confiere a los seres humanos el deber de desarrollarse a plenitud como individuos civilizados, educados, y el hecho de que cada uno tenga razón forja vínculos indisolubles entre nosotros, lo cual nos impone el deber sobre todos nosotros de tratarlos unos a otros con respeto y generosidad.

Los admiradores de su Renacimiento no pasaron por alto que Cicerón expuso estos puntos de vista durante un periodo terrible de la historia de Roma —los últimos años de la República, cuando se desplomaba por una guerra civil que culminó primero en la dictadura de César y más tarde, después de posteriores agonías internas, en el imperio de Augusto. Cicerón consideraba cualquier forma de autocracia como equivalente a esclavitud. Cuando César se convirtió en dictador, Cicerón se marchó de Roma para su hacienda en Túsculo, y allí escribió algunas de sus obras más importantes, entre ellas, *Las Tusculanas*, *De los deberes* y *De la amistad*, en cuestión de meses.

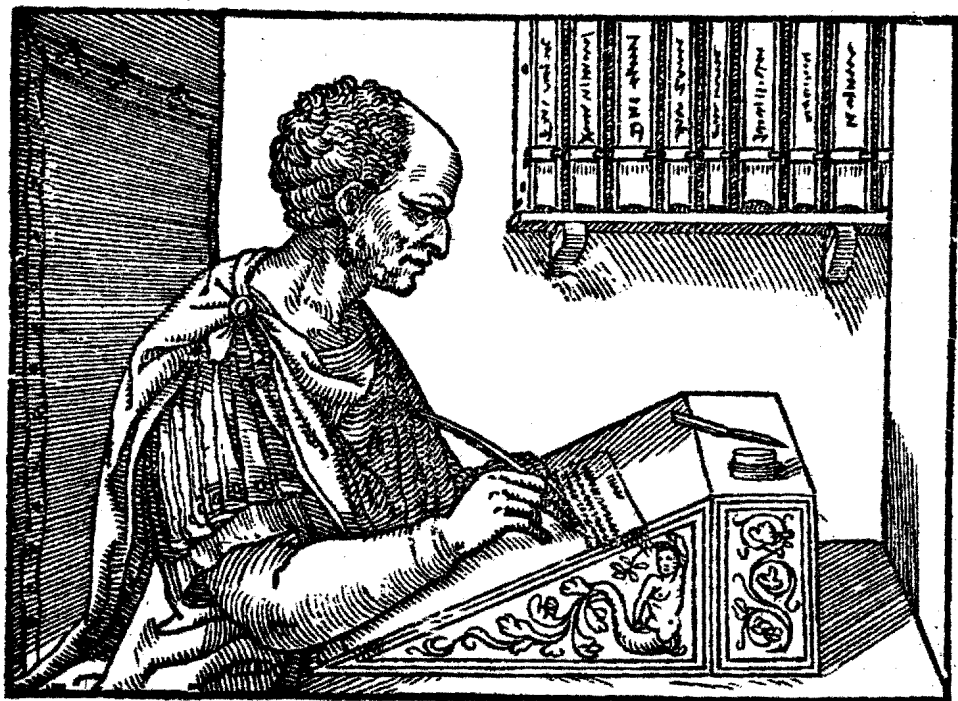
Cicerón era un hombre reflexivo que leía mucho, y durante toda su vida estudió a los filósofos griegos y los adaptó a las condiciones de la Roma contemporánea, "popularizándolos", como diríamos ahora, de modo que sus contemporáneos pudieran tener, en forma accesible, los frutos del pensamiento de las mejores mentes filosóficas. Era modesto sobre sus objetivos, no deseaba reproducir el aspecto técnico y el rigor de los originales, puesto que esas características sólo serían de interés para eruditos cercanos, y su deseo era transmitir lo que fuera útil para la práctica de vivir. (Esto no significa que no pudiera, cuando lo decidía, entrar en minuciosos detalles. Sus obras *Cuestiones académicas* y *De la naturaleza de los dioses* demuestran este aspecto de su obra.) Pero no fue un simple transmisor de ideas. Fue un adaptador, que seleccionaba de modo ecléctico ("como hacen todos los sabios", según Einar Lofstedt) de las obras de los pensadores griegos y tejía —en forma elegante y sorprendente modelada por su propia y extensa experiencia de la vida y su juicio maduro— lo mejor de las ideas de ellos para sus contemporáneos. Tal como resultó después, lo hizo no sólo para sus contemporáneos, como lo muestra la admiración que siente por él el Renacimiento, sino que creó un cuerpo de escritos con un valor que ha trascendido el tiempo.

Hubo admiradores de Cicerón incluso en épocas medievales, aunque estaban conscientes de la proscripción de sus escritos por parte del papa Gregorio I (590-604), quien creía que su belleza estilística y su seductor interés tenían muchas probabilidades de

distraer a los jóvenes del estudio de las Sagradas Escrituras. No obstante, la filosofía medieval debía mucho de su terminología técnica a Cicerón, quien en sus adaptaciones del griego se había esforzado por encontrar traducciones de términos técnicos (por consiguiente, le debemos las palabras inglesas que se derivan de los términos latinos acuñados por él: *appetite* [apetito], *comprehension* [comprensión, entendimiento], *definition* [definición], *difference* [diferencia], *element* [elemento], *image* [imagen], *individual* [individuo], *induction* [inducción], *infinity* [infinidad], *instance* [caso, ejemplo], *notion* [noción], *morality* [moralidad], *property* [propiedad, cualidad, atributo], *quality* [calidad], *science* [ciencia] *species* [especie], *vacuum* [vacío] y más). Con Dante reconociendo su deuda con Cicerón, no sólo a la obra *De los deberes* para la relación de los pecados que aparecen en el *Inferno*, sino al *Sueño de Escipión* para la propia idea de un viaje educativo a través del infierno, el purgatorio y el cielo, no es de sorprender que la alborada del nuevo mundo a comienzos del siglo XIV lo considerara una inspiración.

Petrarca pensó al comienzo que Cicerón era el modelo de persona que hace un uso activo de la vida de retiro para cultivar la mente ("Nos educamos para hacer un uso noble de nuestro ocio", había expresado Aristóteles), y entonces descubrió que los escri-

Grabado sobre madera de Cicerón escribiendo sus cartas. *Epistulae ad familiares* editado por Hieronymus Scotus (alias Girolamo Scoto) en 1547 en Venecia, Italia.



tos que admiraba habían sido redactados por un hombre que tuvo una agitada vida política. El criterio de Cicerón sobre el deber de participar en cuestiones públicas se avenía mucho a los italianos del Renacimiento, la idea del hombre refinado, civilizado que divide su tiempo entre la política activa y tareas intelectuales privadas era muy compatible. A tal individuo se le llama ahora un “hombre del Renacimiento” por su carácter versátil, pero “ciceroniano” sería un calificativo igualmente apropiado.

Tan amplia llegó a ser la influencia de Cicerón que la escuela de Guarino, en Ferrara, tenía sólo dos textos determinados, *De los deberes* y *Las tusculanas*. Las ediciones de las obras de Cicerón se multiplicaron y llegaron a ser éxitos de librería, estuvieron entre las primeras en salir de las nuevas imprentas en la década de 1460 cuando apareció este instrumento de la ilustración renacentista. A causa de su influencia en Italia, Cicerón llegó a ser un faro para el resto de Europa, a medida que el Renacimiento se extendió por ella. Un discípulo inglés de Guarino, John Tiptoft, tradujo *De la amistad* al inglés y la publicó en 1481, pero Cicerón, en su latín original ya llegaba a ser de gran importancia para el currículo escolar en Inglaterra. Eruditos posteriores, comenzando con Theodor Mommsen, en el siglo XIX, desdeñaron a Cicerón porque no fue (y expresamente no aspiraba a ser) un pensador original, sino antes bien un sincretista y un divulgador. Este posterior esnobismo es injusto con él. Los humanistas del Renacimiento hubieran sido incapaces de tener un juicio tan limitado acerca de una figura cuyas gracias de estilo y pensamiento les aportaron tanto.